

# Por la ruta

# SerenadeAngkor

*A lo largo del penúltimo andén el tren esperaba. Dalhman recorrió los vagones y dio con uno casi Vacío. Acomodó en la red la valija; cuando los coches arrancaron, la abrió y sacó, tras alguna Vacilación, el primer tomo de las Mil y Una Noches. Viajar con este libro, tan vinculado a la Historia de su desdicha, era una afirmación de que esa desdicha había sido anulada y un Desafío a las fuerzas intolerables del mal.*

JORGE LUIS BORGES, *El sur.*

*En nuestros sueños sin excepción, incluso si se remontan al Diluvio, está presente, aunque sólo Sea durante una fracción de segundo, algún incidente mínimo que hemos presenciado la Víspera. Esta regularidad que no he dejado de comprobar durante años, es la única constante, La única ley o apariencia de ley que me ha sido dado comprobar durante el increíble embrollo nocturno.*

E. M. CIORAN, *Del inconveniente de haber nacido.*

*Es una torre de los pasados siglos, fuerte como una ciudadela y cuyas murallas bastarían para detener Un ejército victorioso. Se eleva solitaria y adornada aún con la mitad de sus almenas y un manto de Hiedra cuyas ramas se arrastran desde dos mil años por sus resquebrajadas murallas. Esta verdura Parece la guirnalda de la eternidad colocada sobre las ruinas del tiempo. ¿Qué es esta fortaleza, qué Tesoro estaba tan cuidadosamente guardado en sus subterráneos...? Es el mausoleo de una mujer.*

LORD BYRON, *Childe-Harold.*

*Nicolás Ureta Escobar*

Universidad Nacional de Colombia  
Escuela de cine y televisión  
paradoxnightmare@gmail.com

Ahora que los paisajes del Protectorado de Jemer discurren frente a la ventanilla de mi asiento, no sé muy bien por qué estas marinas de Camboya me recuerdan tanto la mirada dulce que vestía los ojos de mamá mientras viajábamos juntas en el tren que, como una suerte de oscura premonición, iba desde el centro de París hasta las afueras más rurales de Argenteuil cuando, sentada yo en su canto, me extraviaba en los laberintos de mi alma recordando milimétricamente cada uno de los sueños que había padecido la víspera. De chiquilina solía atribuir mis sueños a una especie de fantasías proféticas, de vaticinios alucinados que la reencarnación del monje Rasputín soñaba para mí mientras dormía, como preso de algún hechizo antiguo, oculto en algún lugar tras las frondas otoñales que rodeaban la casa de papá en la dorada colina de Montmartre, sólo para que después (a veces completamente o a veces tan sólo en los detalles) se cumpliesen a cabalidad al igual que había sucedido en los Evangelios con la vieja profecía de la Resurrección obrada entonces por el Cristo. Mirarme al espejo cada mañana para peinar mi tupé, implicaba para mí largos minutos de pequeñas conversaciones mantenidas con el reflejo del monje sobre mis sueños y sus certezas mientras, con el horror que acumulan ciertos secretos, veía como sus ojos, los ojos turbios de un réprobo, se me aparecían en el negro círculo de mis pupilas: odiar a mamá siempre fue una de sus fantasías favoritas, y recordar cada mañana frente al espejo el haber soñado, una y otra vez, que yo la estrangulaba con mis propias manos me provocaba tantísimo terror, que una tarde oscurísima de mayo comprendí que ese sentimiento sólo podía compararse con el asco que sentía al ver a mamá durmiendo desnuda junto al cuerpo titánico de papá, cada vez que me despertaba aterrorizada unos cuantos minutos antes del alba.

Creo no haber sido tonta nunca, pero en cambio siempre he adolecido de esa melancólica predisposición para el ensueño que tarde o temprano termina por arrinconar, en la locura o el suicidio, a aquellos soñadores de la Historia Universal (como Schumann, como Van Gogh,

como Swift, como Hölderlin, como Virginia Woolf) sobre los que leo, incansable, cada vez que me embarcó en algún vagón con ruta desconocida; y con los poemas de Byron, el satánico y oscuro Byron, infaliblemente a la cabeza: ahora, geografías inconmensurables y distancias infinitas como las que acostumbraba Byron en cada uno de sus viajes, me separan de París mientras trato de huir de la perpetua presencia de papá (tanto en mis pesadillas como en mi vida despierta) refugiándome en este tren que se ha extraviado en las tórridas junglas de Indochina, transportándome con su parsimonia por la ruta serena de Angkor con la esperanza, vaga y calamitosa, ahora lo sé, de pedir perdón entre sus enormes muros antes que la guerra destruya sus ruinas por completo. Incluso con la esperanza de que, por alguna metafísica de la liberación que se ofrezca al alcance de mi pobre espiritualidad, la reencarnación en mis ojos del monje Rasputín pueda vacilar antes de continuar maltratándome con sus profecías.

En lo más íntimo de mis secretos, el reflejo de mis ojos en la ventanilla del tren termina siempre por hacerme recordar que tan sólo soñar conmigo misma, infinitamente alejada de los perfumes baratos de mamá mientras acaricio las interminables canas de papá, podía traerme noches enteras de un alivio atormentado que en las mañanas acababa por hacerme naufragar en las aguas del remordimiento, al tener que tomar la mano dulce de mamá para dejarme conducir por su ternura hasta las oscuras aulas del colegio de las monjitas en las campiñas de Argenteuil: sentir sus cálidos labios besando mis mejillas, para luego verla desaparecer por la esquina inmediatamente después de haberme abandonado en el umbral, sólo podría compararse con el profundo desasosiego que me desgarraba a los dieciséis cuando, empapada por un escandaloso sudor frío, despertaba con ansiedad luego de haber soñado bañándome desnuda en la prohibida compañía de papá.

Viajar en tren hasta Argenteuil sentada en el canto de mamá mientras contemplaba mi pálido reflejo en el cristal de la ventanilla, me producía un cálido placer tan inexplicable y feraz, que nunca he podido comprender del todo bien esa tenebrosa necesidad, ese lúgubre deseo de asesinarla en cada una de mis pesadillas, para luego sentir que la asesinada había sido yo cuando, al pasear los tres por la colina de Montmartre hasta el cementerio del Sagrado Corazón, yo trataba de olvidar mis pesadillas con el monje Rasputín mientras la veía caminar tomada de la mano enorme de papá para que luego él la besase con una dulzura que yo siempre juzgué, al fervor de mi apetencia secreta, infinita, longeva, terriblemente impostora; una dulzura que yo podía obtener sólo al calor de mis más afebradas fantasmagorías de la noche con el gigantesco cuerpo desnudo de papá. Aun así, sólo en la mañana calurosa y displicente de mayo en que mamá tomó la opción de suicidarse arrojándose a las vías del ferrocarril, pocas horas después de que papá me hubiera regalado aquel vestido azul tan obscuro y juvenil cuando cumplí los diecinueve para que, según el cinismo de sus propias palabras, yo pudiese conquistar a todos los muchachos que seguro deseaban ser como él, comprendí por qué nunca había podido imaginar una sola mañana en que mamá hubiera dejado de venir conmigo tomando el tren hasta Argenteuil, para que de ese modo papá

pudiera acompañarme en su remplazo: íntimamente, yo siempre supe que esas lágrimas furtivas que mamá atribuía a las cebollas cuando lloraba sola en la cocina, fueron siempre culpa de las humillaciones y los romances de burdel que papá mantenía con muchísimas mujeres; sólo entonces comprendí, *dum intolerabile dolore*, que aquel asco metafísico que me producía verla completamente desnuda en las mañanas junto al cuerpo de papá, era en realidad una manera insólita de revelarme ante la deshonra de saberlo a él pidiéndole perdón a su mujer mediante los rituales de la carne y el abandono en el placer, y de saberla a ella mancillada una vez más gracias al olvido secreto que a veces nos permite el coito. Quizás no me quede más remedio que reconocer, aunque sólo fuese para evitarme horas de lágrimas inútiles en el baño del vagón, que la única manera efectiva que pude descubrir para escabullirme de mis fantasías nocturnas con papá, ha sido el refugio, poético y circunstancial, que me han traído casi siempre las interminables vías del tren sobre las que puedo olvidar, dormir y descansar, no sólo por completo alejada de las caricias y la ternura habituales de papá, sino alejada también de su brutalidad y sus virilidades de semental vestido de frac que pueblan todos y cada uno de mis recuerdos. Quizá sea por eso que yo prefiera, como una inviolable jurisprudencia, la trémula irrevocabilidad de los ferrocarriles a la turbia y necia insaciabilidad de los amantes.

La víspera precisa de la mañana incomprensible en que mamá tomó la opción de suicidarse, el monje y yo habíamos soñado con esa muerte infame y repentina; su cadáver desparramado sobre la simétrica regularidad de los durmientes, me recordó, con precisión que todavía me lastima, todas y cada una de las veces en que había soñado viendo a mamá en los brazos de papá, para que luego yo la estrangulase con furia mientras ella, ausente de toda realidad, eternamente dormía en la inagotable sucesión de mis pesadillas: al despertar, siempre jadeante y arrepentida por el reiterado asesinato onírico de mamá, salía aterrorizada de mi cuarto para irme a buscar la certidumbre de la vigilia mientras espiaba la realidad en la luminosa habitación de mis padres: allí la descubría, desnuda y despeinada, durmiendo tranquila e inocente junto al silencio impenetrable de papá. Como una suerte de cotidianidad enferma o de tradición perversa, noche a noche la escena se repetía sin mayores variaciones después de que yo contemplara su llanto secreto en la cocina cuando, acaso con malicia semejante a la de su marido, la espiaba escondida en la alacena mientras devoraba los chocolates que papá escondía con ingenuidad en el tarro enorme de las galletas de sal. Desde ese fatídico momento, siniestro e insoslayable como toda inmolación, no he podido dejar de sentir que los verdaderos culpables de la muerte de mamá, habíamos sido sólo Rasputín y yo.

En todos y cada uno de mis viajes, Dios me perdone, he cargado un frasquito de veneno que alguna vez me fue obsequiado por la abuela durante el sepelio, interminable e impostor, de no sé qué pariente asaz poco estimado por la soberbia ingratitud de mi familia: lo escondo siempre en mi equipaje, perpetuamente oculto bajo mis libros favoritos de Byron: una de las páginas impares del *Manfredo*, creo, está todavía manchada con tres gotitas que dejé

caer sobre ella la última vez que intenté, con pródigo asco e insoportable angustia, burlar el cariño sospechoso de papá refugiándome en el suicidio como la joven desesperada que siempre he sido, pero declinando mi decisión en el último momento como la joven cobarde que todavía soy. Pese a todo, continuo atesorando recelosa el frasquito de la abuela, quizá con la recóndita intención de probarlo escondida tras los muros de Angkor Vat, o quizá con la encubierta intención de vengar la muerte de mamá mientras sacrifico con este veneno el oscuro cariño de papá para así enseñarle un par de cosas a los hombres, o quizá tan sólo para que mi último tren se vista de luto cuando la postrimera estación me encuentre derramada sobre el asiento infeliz de mi compartimiento.

Nunca he pretendido ser piadosa, pero sé muy bien que sólo las tibias sonrisas de las enormes torres con rostro de piedra del bayón budista de Angkor Thom, pudieran ser las únicas imágenes, los únicos talismanes que puedan liberarme de la longeva esclavitud erótica que todavía me ata al espectro de papá; sé también que aquellos monjes mendicantes que hubieron de obsequiarme las varitas de incienso antes de partir para Camboya desde los calores sucesivos de Bangkok, habían soñado, en algún momento recóndito de la escurridiza Historia Universal, con la oscura y lasciva imagen de Rasputín: mientras aguardaba en la estación con impaciencia el arribo del tren y sus coches de la redención y el olvido, paso a paso los monjes fueron explicándome el por qué debía yo ser dueña de aquellas varitas; era mi deber, deber acaso no ajeno de metafísica, ir quemando con disciplina y devoción una varita cada día, para ir purificando mi alma con su esencia de sándalo y lograr mantenerme con vida, o tal vez solo con cordura, hasta el momento irrevocable de mi encuentro con el monje en Angkor Vat; según la diligente historia de los monjes, hacer lo contrario implicaría la irremediable rotura de mi cordón de plata y la consecuente pérdida de mi alma. Manifestación poco grata del azar, reventar ese cordón sería algo así como el lujoso importe que tendría que pagar por haber violentado el equilibrio del indisoluble y simétrico mandala donde estaba dibujado, diagrama entre diagramas, el mapa circular de mis aviesas ficciones de la noche con mamá. Nunca he sido propiamente escéptica ni tampoco propiamente crédula, pero una extraña suerte de pudor metafísico me ha obligado a seguir sus instrucciones al pie de la letra, acaso para evitarme la desgracia de morir y condenarme antes de tiempo. Aun así, saber antes del tiempo de qué continua siendo, como los arcanos de una baraja poco frecuentada por la luz, un misterio cuya resolución todavía no me he atrevido a adivinar con suficiente precisión: no sé (acaso no quiero saberlo) si se tratase del tiempo previo al avistamiento definitivo del rostro de Rasputín innumerablemente refundido entre los rostros del Bayón, o del tiempo sacro e irremediable de vengar la muerte de mamá por siempre grabada en el laberinto de mis sueños, o del tiempo postergado, y tal vez irrefutable, de atreverme a probar al fin el antiguo veneno de la abuela. Y sin embargo, errabunda y arrojada por mi propia mano a los brazos del exilio, ni siquiera sé si en mi inconcluso destino de paseante la palabra tiempo siga profesando algún sentido.

No obstante, todas las varitas han emanado hasta ahora un perfume de sándalo tan delicado y primaveral, que me ha bastado con el sutil espectro de su aroma para entregarme libremente a la melancolía y a mis hedónicas lecturas del *Childe-Harold*: inimitable héroe vagabundo de Byron con cuyos tránsitos he logrado hacerme olvidar –aunque sólo por breves y apacibles instantes- de la débil sonrisa que se dibuja, tan inmutable como perversa, en los labios de papá cada vez que decido partir en tren desde París rumbo a ninguna parte. Ya no sé si me duele más su solazada indiferencia de Casanova en pleno ejercicio de una viudez procazmente liberal, o si me duele más el hecho de saberlo tan aborrecible como todos esos sementales que han gozado de la soberbia ostentación de una virilidad acaso demasiado lanzada, demasiado extrovertida, demasiado pagana o tal vez simplemente animal: luego del intolerable suicidio de mamá, papá comenzó a aparecerse en todos mis sueños bajo la ambigua estampa de Asterión, monstruoso hombre con cabeza de toro fruto directo del adulterio y la lubricidad; demasiado heroico como para enfrentarse a la espada de su redentor armado únicamente con su estúpida cornamenta puesta al desnudo, pero también demasiado débil como para nunca haberse atrevido a abandonar las confusas y estrechas galerías de su laberinto, confortable como el útero, y envilecido por la intemperancia y el deseo carnal hacia toda mujer que no fuese mamá.

Afiebrada, solitaria, inmensamente melancólica, juzgo, con mis pesadillas por completo a merced de los eternos calores de Camboya, que los trenes de París nunca me habían parecido tan pintorescos, incómodos y sofocantes como estos que reverberan sus aceros en medio del tórrido decurso de sus rutas al interior de los lluviosos bosques de Indochina: la insoportable compañía de los mosquitos no me ha dejado en paz prácticamente desde Bangkok, y la sobre-condimentada comida thai del vagón restaurante no me ha dejado más remedio que alimentarme con el sushi barato que los cocineros japoneses venden, por muy pocos francos, en todas las estaciones en paquetes de tres, y que por cierta precaución no exenta de prejuicios, sólo algunos de mis acompañantes franceses se han atrevido a probar siquiera dándoles un pequeño bocado. Y aún a pesar de haber gozado de la fresca recóndita que en estas tierras acompaña a la repentina profusión de lluvias y monzones que hasta ahora nos han escoltado desde Bombay, debí confesarme en la frontera con Tailandia, como quien se confiesa un secreto profundamente sepultado en el alma, que continuar con mis lecturas de Byron en medio del intolerable calor de condiciones tan poco aptas para la lectura, mientras me alimento, como si fuese un paisano más en algún lugar recóndito de Okinawa, comiendo nada más que pescado crudo envuelto en arroz, ha sido posible únicamente gracias al piadoso y amable regalo de los monjes: esta mañana quise quemar una de las varitas más largas y robustas, como para concentrarme, con holgura y fascinación estrictamente necesarias, en los formidables apéndices que separan el segundo y tercer cantos del inconfundible poema épico de Byron: no sé qué hubiera hecho un poeta como él en medio de las densas nubosidades de mosquitos que ostensiblemente pueblan las lluviosas

junglas de Jemer; pero me conformo con saber que a él le hubiera bastado con un cuenco de agua y un pedazo de pan para sentirse pleno y feliz mientras su buque, el buque de un exiliado, se alejaba con proverbial lentitud de las blancas costas de Albión para que pudiera irse a morir, como un Alonso Quijano del mundo moderno, en la distante causa griega en contra de los turcos: ¡ah, Byron!, ¡cuántos secretos de hombre verdadero llevaste contigo hasta la tumba!; sólo que el mal de tu siglo se adelantó a tus ambiciones de poeta y te obligó a morir lejos de las glorias del combate...

Ahora, sólo espero que mi decisión de hacer trasbordo en Sisophón para tomar desde allí la accidentada carretera que conduce hasta Siem Reap y luego desviarme, como un auténtico andariego, hasta las ruinas sagradas del bayón en lugar de seguir la ruta directa hasta la capital, valga enteramente la pena y no me haga morir (como Byron) en el intento antes de poder dilucidar una verdad, irrefutable y feral, que siempre he intuido, con cartográfica puntualidad, profundamente escondida en los tulpas de Angkor.

Por las noches, mientras naufrago en el denso sopor de la fatiga, en algún momento sueño conmigo misma bañándome en el foso de la Terraza de los Elefantes del palacio del rey en Angkor Thom, mientras soy cuidadosamente vigilada por los taciturnos elefantes tricéfalos de Indra que recogen lotos con sus trompas. Y cuando estoy purificando mi cuerpo desnudo en las tibias aguas del foso para poder refugiarme después, silenciosa y meditabunda, en los enormes tulpas del bayón, aparece ante mí la imagen del monje Rasputín, desnudo y dispuesto a ingresar en las aguas sagradas con la única intención de violarme: lo sé, porque a pesar de no poder distinguir con claridad su rostro refundido tras las barbas luengas e hirsutas, siempre puedo reconocer en sus ojos la mirada grotesca y lasciva que tantas veces he aborrecido en los ojos maduros de papá. En aquel instante trato de huir de su concupiscencia, trepando mi desnudez con horror por la pesada mampostería de piedra que retrata estos paquidermos de tamaño natural, y enseguida me pierdo, desprotegida y cercada por la angustia, en medio del laberinto de rostros del bayón que personifica con sus aparejos las tranquilas sonrisas de los Bodhisattvas en cuyas sombras busco algún refugio.

En mi sueño, termino escondiéndome siempre en los tulpas de las terrazas más altas desde donde puedo contemplar todo el paisaje, aguardando, como aguarda el cazador entre las frondas, a que mi violador arezca por alguna de las calzadas y su presencia me permita entonces dibujar el mapa de la huida que habrá de llevarme hasta el laberinto sagrado del templo de Angkor Vat, donde me espera el espíritu de mamá para que juntas, como sucede en los hexámetros de Ovidio, podamos transformarnos en las ninfas de piedra que han dormido, durante larguísimos siglos, perfectamente cinceladas sobre la descomunal sillería de las paredes: por completo inalcanzables para el monje luego de nuestra metamorfosis y por completo dispuestas a humillar, con la alquimia inevitable de esa transfiguración, la prodigiosa libido de papá. Pero entonces noto que algo está mal, terriblemente mal:

un recuerdo ambiguo del rostro de mi padre de pronto me confunde; en ese instante, tan insospechado como inviolable, los semblantes de las torres dejan de expresar la compasiva santidad de sus sonrisas y su mirada introspectiva, y de inmediato se convierten en los ineludibles retratos de papá: con cierta devoción lúbrica que en ese momento me tortura, deseo convertirme en la mejor de todas sus amantes; ansío yacer junto a su cuerpo desnudo a la hora mágica del crepúsculo; anhelo brindarle un hijo de nuestra sangre: un hijo de linaje único y poderoso cuyo rostro de piedra nos recuerde por siempre el sitio sagrado de nuestra comunión en medio de las selvas calurosas de Angkor.

Y es entonces cuando lo descubro: papá no es más que él, el monje Rasputín de mis pesadillas; es él, y su lujuriosa y fácil tentación por la carne, quien no he hecho otra cosa que soñar para mí todas sus fantasías con el ánimo de hacerme caer; es él, insaciable y animal, quien ha estado deseando mi juvenil cuerpo de mujer, y no lo contrario: yo no lo deseo: yo lo detesto y lo aborrezco por haber conducido a mi madre hasta la tumba, obligándola a zozobrar en el camino de los desesperados y los desconsolados sin fe. Pero el llamado de su carne ha sido demasiado fuerte para mí, y ahora he pasado a convertirme en la profetisa de sus mayores lucubraciones de la carne y el placer. La posibilidad, simple y heterodoxa, ahora lo sé, de poder convertirme en la madre de alguno de sus hijos del futuro, en ese momento me aterra y me avergüenza en medio de las sombras.

A lo lejos alcanzo a distinguirlo: su cuerpo sangriento con cabeza de toro comienza a surgir con lentitud de uno de los pétreos rostros del bayón, casi del todo corroído por las poderosas raíces de una higuera que creció sobre su pináculo con semblante de Bodhisattva; puedo ver ante mis ojos (puedo *soñar* ante mis ojos) el vertiginoso decurso de su historia, que transcurre frente a mí como una veloz película muda. Su principio se remonta, creo, a la noche inmemorial de los tiempos sin que su tránsito, ajeno a cualquier hermenéutica (como toda pesadilla), pudiera ser abarcado por la ingente temerosidad de mi memoria: primero surgió de la nada, como la luz surgió de la oscuridad, una diminuta semilla que fue depositada por el viento (o por alguna otra manifestación del azar) en una grieta infinitesimal que se había abierto sobre la cumbre de una de las torres del bayón; comenzó a germinar al cabo del primer diluvio universal y luego insinuó sus raíces como delicados filamentos que, con la proverbial lentitud de la tortuga en la aporía de Zenón, fueron envolviéndose alrededor de la ciclópea mampostería del rostro. Luego estas raíces, como si hubieran sido las raíces de todo el universo, lograron besar el limo fértil de los suelos cuyo légamo de sangre y vida al cabo los nutrió como las estrellas nutren con sus luces la noche, para que, luego de larguísimos milenios, su savia fundamental ascendiese hasta el brote de las primeras hojas que mansamente se ofrecían al sol, estirándose con la longevidad de sus nervaduras hacia las ráfagas de alimento cósmico que se desprende de su luz. Enseguida las raíces se tornaron tan poderosas y cabales, que, inevitablemente, penetraron con orgiástico vigor por entre las piedras de la torre (como penetran los tentáculos fálicos de Medusa en el cuerpo

de Astarté Siriaca en aquella sanguina de Fernand Khnopff que siempre he recordado con el rostro de mamá, semejante a mi propio rostro), desencajándolo todo y rajando de arriba abajo el descomunal aparejo de las piedras. Y cuando la higuera gigante ha consumido casi por completo los cuatro rostros de la torre, la Historia Universal continúa para mí y para todos mis descendientes justo hasta el momento en que, como una pesadilla dentro de otra pesadilla, hace su aparición el colosal y ensangrentado cuerpo de papá, emergiendo del confortable interior de su vegetal placenta de titán y con las facciones de su rostro taurino casi del todo devoradas por las oscuras y vulgares barbas del monje; él sabe que estoy aquí: los rostros del bayón se lo han revelado ya.

Misteriosamente, mientras papá se acerca a mí con el iracundo afán de su lascivia, a lo lejos veo pasar el tren que se aleja de mi vida con sus aceros sobreimpuestos sobre el horizonte, como ocurre en muchos lienzos de Chirico en los que el tren, como una magnitud de lo absoluto, parece no haber envejecido nunca mientras se desplaza, imperturbable e infinito, siguiendo una absurda perspectiva que lo disloca por completo del paisaje. En aquel momento, invariable y sombrío, mi pecado es entretenerme demasiado con el amor otoñal que significa para mí este último avistamiento del tren, para que después, sin haber podido notarlo, papá haya conseguido darme alcance y se encuentre desnudo frente a mí. Miro con intenso rubor que su miembro viril es un puñal de argento, y que su barba es una medusa cartilaginosa asquerosamente húmeda de raíces infinitas que se estiran hasta los suelos, retorciéndose como suelen retorcerse las sierpes.

-Soy el alma silenciosa de estos bosques –dice entonces la figura ensangrentada de papá–; soy el misterio oculto que pervive en el mutismo inmortal de estas rocas elementales, y por eso puedo vivir únicamente a través de la inabarcable eternidad de todos sus silencios: soy su sonrisa primigenia y soy su lamentación secreta. Me perdí una noche en medio de la densa oscuridad de estos bosques, y en ellos hallé tu cuerpo desnudo que me obligó a violarte aquella noche tan clara en que llovió eternamente sobre la tierra; por eso mi miembro es ahora un puñal de argento con que lacero todas mis raíces y mi sonrisa es un monstruo informe que asesina a todas mis amantes. He seguido deseando tu cuerpo de doncella desde aquel diluvio primigenio, tan sólo para que en un crepúsculo pueda perecer en el silencio de mi destierro y pueda ganar el descanso eterno bajo la misma sepultura que algún día me vio nacer. Ahora nadie me vislumbra, y mi voz, como el menesteroso eco de un fantasma, es tan solo una resonancia, una cadencia mediocre que se marchita entre las piedras; mi canción ha sido para ti nada más que el último reflejo de tus sueños, y la muerte de mi enamorada ha sido para mí el ciego laberinto de los míos. Tus ojos son mis ojos, y en ellos reconozco el dolor de mi perdición...

Tal ha sido siempre mi sueño con la intolerable imagen de papá: una noche a bordo del Expreso de Oriente, luego de haber padecido sin muchas variaciones esta pesadilla, desperté

con la entrepierna ensangrentada y sin haber querido recordar el destino que gozó ese puñal de argento en la ingenua índole de mis carnes del pasado: nunca he disfrutado recordándolo. Por ahora, sólo sé que me restan tres varitas de incienso para que, al fin, pueda confesarme, en medio del silencio impenetrable de las tulpas de Angkor Vat, cuál era el rostro velado de papá, la máscara impostora que mamá contemplaba luego de que él y yo nos amásemos en secreto, ocultos de ella y del universo en la casita de herramientas de nuestra aborrecible casa de Montmartre: un rostro lóbrego y mendaz que los años y un amor ciego y temerario han terminado por segar en todos mis recuerdos.